



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la Ordenación Diaconal de
Javier Valdés y Jorge Luís Gil.**

S.M.I. Catedral de La Habana
12 de diciembre de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy todos los pueblos de Norte, Centro y Sudamérica celebramos con gozo la Fiesta de la Virgen de Guadalupe.

En el alba cristiana de América aparece María Santísima, brillando como luz radiante que precede y anuncia al sol de Justicia, Cristo Nuestro Dios. Así la contempló el indio San Juan Diego en lo alto del Tepeyac. Sí, en el amanecer de la fe en el Nuevo Mundo, María de Guadalupe es la estrella luciente de la primera evangelización de nuestro continente. Ella cumple en tierras americanas la misión que Dios Padre le confió de traer a los hombres la luz de Cristo Salvador.

En el relato evangélico proclamado este día María, cubierta por la sombra del Espíritu Santo, se pone en camino y asciende a la montaña. Lleva en su seno al Hijo de Dios. Ella es la portadora de Jesús que comunica a su prima Isabel la buena noticia y se prepara a servirla con espíritu alegre.

La Virgen Madre es la señal que Dios da por su cuenta a la humanidad. Es impensable que una virgen sea fecunda: es Dios quien obra a partir o a través de lo imposible y es así como el Dios del cielo se convierte en Dios-con-nosotros.

¡Qué inspiradora resulta para ustedes, queridos Javier y Jorge Luis, la figura de María en el día en que, dando un paso definitivo en el camino hacia el sacerdocio, reciben el orden Sagrado del Diaconado!

Hoy ustedes, como María, por la imposición de manos de su obispo, son cubiertos por la sombra del Espíritu Santo y continúan el ascenso hacia el monte santo del sacerdocio ministerial, con alegría en sus corazones, poniéndose al servicio de la Iglesia en sus sacerdotes y en su obispo para bien de todos los fieles.

En efecto, el diácono es quien encarna sacramentalmente la actitud de servicio que debe estar presente en todo cristiano y que él ejercerá como un ministerio propio: servir a los demás, llevándoles la palabra de Dios, asistiéndolos espiritualmente en su enfermedad; atendiendo a los pobres y necesitados. Este quehacer que, de algún modo, debe estar presente en cada cristiano, es ejercido de modo especial por el diácono y será propio más tarde del comportamiento sacerdotal del Presbítero y del Obispo.

Así, durante el tiempo en que el futuro sacerdote se desempeña como diácono, debe madurar en su actitud servicial que lo acompañará necesariamente después en su ministerio sacerdotal.

Ustedes, queridos hijos, como María, continúan ascendiendo la cuesta ardua del sacerdocio con la alegría de su juventud, convencidos de que Dios ha hecho en ustedes maravillas, reconociéndose además como señal que Dios da por su cuenta a otros muchos hombres jóvenes para que se animen a emprender este camino.

En vuestro caso este camino se hará más tarde, con el orden sacerdotal, servicio eucarístico a la comunidad que presidan como pastores. Como en toda vocación, este andar ha sido fruto de una elección divina, que se ha concretado en una respuesta activa y continuada de ustedes.

Pero hay algo más en su diaconado que tiene que ver con esa irreversibilidad de la llamada de Dios al sacerdocio católico romano: la entrega total de la vida a Cristo Jesús, y la dejación del amor humano que lleva al establecimiento de una familia. Esto contribuye en alto grado a configurar el verdadero espíritu de

consagración al Señor. Por eso, antes de ser admitidos al orden de los diáconos, el Obispo recibe de ustedes la promesa de guardar el sagrado celibato durante toda su vida. Para el futuro sacerdote, el diaconado es conferido a hombres que ya han hecho un acto particular de entrega de sus vidas al Señor.

Por esto también es inspiradora para ustedes la Virgen María. Ella, como ustedes hoy, se puso en marcha para servir, pero habiendo hecho con Dios el compromiso total de su vida virginal en el camino emprendido: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra”.

Queridos hijos, ustedes, como María, son expropiados por Dios. No es una expropiación forzosa, es una expropiación aceptada y consentida. Pero de ahora en adelante la iniciativa será toda de Dios, ustedes no se pertenecen ya: son de Dios para los demás. Ya no se poseen, son propiedad del Señor.

Pero, ¿acaso esto no los vacía de lo mejor de sí mismos, de sus sueños e ideales?

La paradoja evangélica que encontramos en los dichos de Jesús puede iluminar nuestra simple razón humana: “...quien pierde su vida la gana para siempre”. Lo fundamental es saber en qué manos he entregado mi vida: no son las manos de amores egoístas que oprimen y retienen, son las manos del Padre bueno que sostiene y abraza, que nos espera siempre después de nuestros extravíos, que hace fiesta por nosotros y nos cubre de besos. Por eso cada uno de ustedes puede decir: “Sé en quién he puesto mi fe” (2 Tim 1, 12).

No estamos hablando, pues, de una empresa humana, de un contrato rescindible entre personas tolerantes. Es un salto al amor más grande. Es un sí como el de María dado al mismo Dios, que vendría así a hacerse hombre en su seno.

Ustedes se vuelven hoy señal que Dios da por su cuenta; no es lo que la gente esperaría de dos hombres jóvenes, no es la consecuencia lógica de ciertos estudios, no es el resultado normal de cálculos precedentes. Ustedes son señal que Dios da a la Iglesia y al mundo. Expropiados, vacíos de sí, para el servicio de Dios, convertidos en señal no esperada por muchos, deben cantar con María: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador... el Señor ha hecho en mí grandes cosas...”; porque no sólo tú eres expropiado y vaciado de tus propios proyectos humanos para estar disponible al servicio de Dios en la Iglesia. No estamos ante una renuncia estoica y fría a tu propio querer para convertirte en una señal desafiante para los fieles cristianos. Es un doble movimiento el que te envuelve: expropiado de ti, Dios viene a tomar posesión de tu vida, de tu ser, que será entonces plenificado, elevado por encima de sus posibilidades meramente naturales. Es aquella afirmación de Pablo: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”. Se cumplirá entonces la promesa del Señor: “A quien guarda mis mandamientos yo lo amaré, vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (Jn 14, 23).

Hoy ustedes no solamente hacen promesa de dejación, sino que son colmados de gracia por el Espíritu Santo gracias a la imposición de manos del Obispo. Sabemos que el Espíritu de Dios viene a nosotros para llenarnos de amor divino. Así lo afirma San Pablo: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado”.

No son ustedes, pues, queridos hijos los que se desprenden de sí mismos para servir, sino los que dejan que Dios, en Cristo Jesús, por la fuerza de su Espíritu los llene. El toma posesión de ustedes para que puedan amar como El, servir según su modo, y establecer por medio de su entrega y su servicio el reinado del amor en nuestro mundo. Es ese amor sublime, recibido en lo hondo de nuestro ser el que llena nuestras ansias más ocultas de felicidad y de bien, al mismo tiempo que lo damos en todo momento a nuestros hermanos.

Así fue el servicio de María a Isabel, gozoso y total, así deben vivir ustedes, Javier y Jorge Luis, este período diaconal de sus vidas, preparándose para el sacerdocio, por el don de sí mismos a sus hermanos. A la Virgen Madre, en su fiesta y advocación de Guadalupe, encomendamos su ministerio y camino hacia el sacerdocio.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2008-2010©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original